

EL UNIVERSO Y EL HOMBRE

VIDA INTELIGENTE

Manuel Carreira, S.I.

Sacerdote. Doctor en Física. Docente de la Universidad de Comillas (España) y Cleveland (EE.UU.)

La definición clásica del Hombre: animal racional. La capacidad de raciocinio es lo que nos especifica dentro del reino animal.

En común con los demás animales de la Tierra:

- Utilizamos los mismos aminoácidos.
- Moléculas de simetría levógira.
- Con codificación genética por DNA.
- Metabolismo basado en el agua y el oxígeno.
- Con reactividad sensorial a estímulos comunes.
- Funciones instintivas por programación genética.

Toda la vida en la Tierra es, básicamente, una, con un origen común. Es obvio que se ha dado evolución, manifiesta en la progresiva diversificación de organismos en el registro fósil, en tiempos y entornos diversos.

Los agentes de evolución son múltiples, con efectos genéticos directos, la agitación térmica a nivel molecular, actividad química, radiación de rocas, radiación cósmica; con selección ambiental de individuos mejor dotados, la resistencia a cambios de temperatura o de entorno químico, la resistencia a agentes patógenos o condiciones adversas de alimento, ene-



migos naturales. En todo esto, el hombre es semejante a otros seres vivos.

Todo lo que se menciona como factores evolutivos deja sin explicar el paso crucial de la vida meramente sensitiva a la vida inteligente. Ninguna adaptación o cambio genético puede utilizarse como clave explicativa de que se encuentre el nuevo nivel de actividad que se manifiesta en el pensamiento abstracto. Las soluciones propuestas para explicarlo son muy dispares:

- Azar evolutivo con valor de supervivencia en su resultado;
- Programación por algún agente extra-terrestre;
- Programación inicial que determina la aparición de la inteligencia (su "emergencia") cuando la materia es suficientemente compleja;
- Intervención sobrenatural directa.

La base lógica para resolver el problema tiene que encontrarse en la definición científica de materia y en las características de la inteligencia. La Física solamente reconoce cuatro fuerzas, de actividad muy específica, por las cuales se define a la materia; si una realidad no es explicable en términos de esas interacciones, no puede ser materia ni deberse a ella.

Por su inteligencia, el Hombre:

- Valora lo abstracto, no sensible ni cuantificable, hasta el punto que una idea es más poderosa que cualquier instinto.
- Tiene conciencia de su propio Yo, de su conocer y actuar.
- Tiene espontaneidad y libertad en muchas de sus actividades, con la consecuente responsabilidad y valoración ética.
- Busca la Verdad (deseo de conocer) y la Belleza (Arte), dando así lugar a una Cultura que le lleva a interpretar el mundo y expresar su interpretación en religión, filosofía, literatura, arte, etc.
- Experimenta consecuencias volitivo-afectivas de su conocimiento no-sensible (es posible amar lo que no se ha visto nunca).

Por tal conjunto de características, el nivel de actividad ra-

cional del Hombre muestra que su raíz no puede ser una función orgánica, con resultados materiales, sino que debe buscarse una nueva causa no-material. El Hombre es consciente de su propia conciencia aun antes de serlo de su propio cuerpo; en realidad, sabemos muy poco de nuestro cuerpo, que exige un estudio semejante al que debemos emplear para conocer el mundo exterior.

Ni un monismo espiritualista (que negaría la realidad de la materia, aun del cuerpo), ni un monismo materialista, incapaz de explicar la actividad no material, son compatibles con nuestra experiencia de una dualidad que combina caracteres muy diversos en un YO innegablemente único. Tal dualidad no debe confundirse con un dualismo que, en general, concibe al Hombre como un espíritu aprisionado en el cuerpo, o usando el cuerpo como algo externo a él. Aunque no podemos explicar la unión íntima que de hecho se da, somos conscientes de la interacción y dependencia mutua, en el desarrollo, bienestar y actividad total del YO. La unidad es tan íntima que se mantiene aun en casos de trasplantes de órganos, prótesis artificiales, etc.

El hecho de la actividad libre, de la cual tenemos completa certeza subjetiva y que es la base de la responsabilidad, la ética y el derecho, y que se implica en toda la estructura de la sociedad humana, ha presentado problemas al querer expresarla en el marco de leyes físicas. Una interpretación de la realidad que subraya el carácter determinístico del mundo

macroscópico, parece negar la posibilidad de libertad: todo está predeterminado y debe ser predecible de antemano. La visión probabilística de la mecánica cuántica tampoco permite verdadera actividad libre: la razón última de cuanto ocurre tiene que ser un azar objetivado hasta el punto de afirmar (Everett) que todas las actividades posibles tienen que ocurrir necesariamente en universos múltiples. En ambos casos se quiere dar una explicación por leyes de la materia de aquello que no se debe a la materia.

Recordemos siempre que la física solamente puede tratar de lo cuantificable y que el azar no es un agente físico, sino simplemente el resultado de querer establecer relaciones entre objetos o sucesos no-relacionados realmente. Por eso el azar no es nunca una explicación.

Aun así, se dice a veces que algo tan específicamente humano como el significado del lenguaje, hablado o escrito, puede aparecer por azar dada la ilimitada posibilidad de combinar sonidos o símbolos. Y se afirma también que la inteligencia artificial de un ordenador es comparable a la humana, y podrá llegar a superar a ésta. En ambos casos se olvida el hecho básico de que el significado, sea de unas manchas sobre el papel o de puntos en una pantalla, depende exclusivamente de un trabajo consciente de desarrollo de escritura en un lenguaje concreto. De no darse éste, no hay significado alguno.

Como corolario de nuestra conciencia y libertad, la actividad propiamente humana tiene

el aspecto de ser finalística. Lo es también, en un orden más elemental, el funcionamiento del organismo, estructurado para la conservación y desarrollo de todas sus partes (teleología), pero en las acciones libres es la conciencia de perseguir un fin la que da sentido a nuestras decisiones.

Como consecuencia de ser sujeto de deberes éticos, el Hombre es sujeto de derechos, para desarrollarse en todas sus capacidades y alcanzar una dignidad que le es propia y que no depende del entorno ni de concesiones sociales. No hay una realidad terrestre superior, a la cual deba el Hombre entregar su libertad ni su responsabilidad: no podemos nunca ser meras "cosas útiles" para otro ni para la sociedad, ni podemos tratar a otros como tales.

Ni la naturaleza inanimada ni las plantas o animales son así sujetos de derechos. Pero el individuo racional tiene el deber de utilizar los recursos de su entorno en una forma acorde con su naturaleza y con los derechos de los demás hombres, incluso de las generaciones futuras.

Por ser capaz de conocer conscientemente al Universo, el Hombre da sentido a cuanto existe, como ser que tiene el máximo nivel de estructuración material y que excede los límites mismos de la materia. No somos algo sin importancia, por pequeña que sea la Tierra y nuestra presencia en ella. Casi se puede hablar de un nuevo "antropocentrismo" de la ciencia moderna.